

## Introducción

El club más exclusivo del mundo tiene dieciocho socios. Se reúnen cada dos meses, a la siete de la tarde de un domingo, en la sala de conferencias E de una torre circular, cuyas ventanas tintadas dan a la estación central de ferrocarril de Basilea. La conversación dura una hora, a veces una hora y media. Algunos de los presentes traen a un colega con ellos, pero esos asesores raramente hablan durante este cónclave sumamente confidencial. La reunión termina, los asesores se marchan, y los que quedan se retiran para cenar en el comedor de la planta dieciocho, seguros, con razón, de que la comida y el vino serán soberbios. Es en la cena, que continúa hasta las once o las doce de la noche, donde se hace el auténtico trabajo. El protocolo y la hospitalidad, afinados durante más de ocho décadas, son impecables. Se sobreentiende que cualquier cosa dicha en la mesa no se repetirá en ningún otro lugar.

Pocos, si acaso alguno, de los que disfrutan de su alta cocina y sus vinos *grands crus*—de los mejores que Suiza puede ofrecer— serían reconocidos por los transeúntes, pero incluyen un buen número de las personas más poderosas del mundo. Estos hombres—casi todos son hombres—son los banqueros centrales. Han acudido a Basilea para asistir al Comité Económico Consultivo (ECC, sus siglas en inglés) del Banco de Pagos Internacionales (BPI), que es el banco de los bancos centrales. Entre sus actuales miembros están Ben Bernanke, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos; sir Mervyn King, gobernador del Banco de Inglaterra; Mario Draghi, del

Banco Central Europeo; Zhou Xiaochuan, del Banco de China, y los gobernadores de los bancos centrales de Alemania, Francia, Italia, Suecia, Canadá, India y Brasil. Jaime Caruana, exgobernador del Banco de España, director general del BPI, se une a ellos.

A principios de 2013, cuando la edición original de este libro entró en imprenta, King, que debía dejar su cargo de gobernador del Banco de Inglaterra en junio de 2013, presidió el ECC. Este comité, conocido como la junta de gobernadores del G-10, es la más influyente de las numerosas reuniones del BPI, abierta tan sólo a un pequeño y selecto grupo de banqueros centrales de las economías avanzadas. El ECC hace recomendaciones sobre los miembros y la organización de los tres comités del BPI que se ocupan del sistema financiero global, los sistemas de pago y los mercados internacionales. El comité también prepara propuestas para la Reunión de Economía Mundial y orienta su agenda.

La junta empieza el lunes por la mañana, a las nueve y media, en la sala B, y dura tres horas. King preside a los gobernadores de los bancos centrales de los treinta países que se juzga son los más importantes para la economía global. Además de los presentes en la cena del domingo, la reunión del lunes incluirá a representantes de, por ejemplo, Indonesia, Polonia, Sudáfrica, España y Turquía. Los gobernadores de otros quince países más pequeños, como Hungría, Israel y Nueva Zelanda, pueden estar presentes como observadores, pero no suelen hablar. No se permite asistir a los gobernadores de bancos miembros de tercer nivel, como Macedonia y Eslovaquia. Tienen que ir a la caza de información en los descansos que se hacen para tomar café y comer.

A continuación, los gobernadores de la totalidad de los sesenta bancos miembros del BPI disfrutan de un almuerzo bufé en el comedor situado en la planta dieciocho. Diseñada por Herzog & de Meuron, la firma de arquitectos suiza que construyó el estadio «Nido de Pájaro» de los Juegos Olímpicos de Pekín, la sala tiene paredes blancas, el techo negro y vistas espectaculares de tres países: Suiza, Francia y Alemania.<sup>2</sup> A las dos de la tarde, los banqueros centrales y sus asesores vuelven a la sala B para que los gobernadores reunidos discutan asuntos de interés, hasta las cinco, cuando acaba el encuentro.

Como presidente de la Reunión de Economía Mundial, King aborda las cosas de una manera muy diferente que su predecesor, Jean-Claude Trichet, anterior presidente del Banco Central Europeo. Trichet, según un ex banquero central, tenía un estilo notablemente galo: era un purista del protocolo que llamaba a hablar a los banqueros centrales por orden de importancia; empezaba con los gobernadores de la Reserva Federal, el Banco de Inglaterra y el Bundesbank, y avanzaba luego en orden jerárquico descendente. King, por el contrario, adopta un sistema más temático e igualitario; abre las reuniones a la discusión e invita las aportaciones de todos los presentes.

Los cónclaves de los gobernadores han desempeñado un papel crucial para determinar la respuesta del mundo a la crisis financiera global. «El BPI ha sido un punto de encuentro muy importante para los banqueros centrales durante la crisis, y las razones para su existencia se han ampliado», dice King. «Hemos tenido que enfrentarnos a unos retos que no habíamos visto nunca. Hemos tenido que averiguar qué pasaba, qué instrumentos usamos cuando los tipos de interés están cerca de cero, cómo comunicamos nuestra política. Discutimos todo esto en casa, con nuestro personal, pero reunirnos y hablar unos con otros es muy valioso para los gobernadores».

Esas discusiones, dicen los banqueros centrales, deben ser confidenciales. «A veces, estar en la cima, en el puesto número uno, puede resultar bastante solitario. Es útil poder encontrarte con otros número uno y decir: “Éste es mi problema, ¿tú cómo lo resuelves?”», prosigue King. «Poder conversar de manera informal y abierta sobre nuestras experiencias ha sido inmensamente valioso. No estamos hablando en un foro público. Podemos decir lo que de verdad pensamos y creemos, y podemos hacer preguntas y beneficiarnos de los demás».<sup>3</sup>

La administración del BPI se esfuerza para garantizar que el ambiente sea cordial y sociable durante todo el fin de semana, y parece que lo consigue. El banco organiza una flota de limusinas para recoger a los gobernadores en el aeropuerto de Zúrich y llevarlos a Basilea. Se organizan desayunos, almuerzos y cenas independientes para los gobernadores de bancos nacionales que supervisan economías nacionales de diferentes tipos y tamaños, de forma que nadie se sienta excluido. «Los banqueros centrales se sentían más cómodos y relajados con sus homólogos, los otros banqueros centrales, que con

sus propios gobiernos», rememoraba Paul Volcker, anterior presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, que asistía a los fines de semana de Basilea.<sup>4</sup> La excepcional calidad de la comida y el vino facilitaban la camaradería, afirmaba Peter Akos Bod, exgobernador del Banco Nacional de Hungría. «Los principales temas de conversación eran la calidad del vino y la estupidez de los ministros de finanzas. Si no entendías de vinos, no podías participar en la conversación».<sup>5</sup>

Y la conversación suele ser estimulante y amena, dicen los banqueros centrales. Era notable el contraste entre el Comité Federal de Mercado Abierto (FOMC, por sus siglas en inglés), de la Reserva Federal de Estados Unidos, y las cenas de los domingos de los gobernadores del G-10, recordaba Laurence Meyer, que fue miembro del Consejo de Gobernadores de la Reserva Federal de 1992 a 2002. El presidente de la Reserva Federal no siempre representaba al banco en las reuniones de Basilea, así que, en ocasiones, era Meyer quien asistía. Las discusiones del BPI siempre eran animadas e invitaban a la reflexión. «Mientras yo estuve en la Fed, en las reuniones del FOMC, casi todos los miembros del comité leían declaraciones preparadas de antemano. Era muy raro que se refirieran a las declaraciones de otros miembros del comité y casi nunca había un intercambio entre dos miembros o una discusión continuada sobre puntos de vista o alternativas en la política. En las cenas del BPI, hablamos de verdad, unos con otros, y las discusiones son siempre estimulantes e interactivas, centradas en las graves cuestiones a que se enfrenta la economía global».<sup>6</sup>

Todos los gobernadores presentes en la reunión de dos días tienen garantizada una total confidencialidad, discreción y los niveles más elevados de seguridad. Las reuniones se celebran en varias plantas que, por lo general, sólo se usan cuando están presentes los gobernadores. A éstos se les proporciona un despacho independiente y el personal de apoyo y secretaría necesario. Las autoridades suizas no tienen ninguna jurisdicción sobre las instalaciones del BPI. Fundado por un tratado internacional y protegido por el Convenio de Sede de 1987 firmado con el gobierno suizo, el BPI disfruta de una protección parecida a las otorgadas a las sedes de Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las embajadas diplomáticas. Las autoridades suizas necesitan el permiso de la dirección

del BPI para entrar en los edificios del banco, que se describen como «inviolables».<sup>7</sup>

El BPI tiene derecho a comunicarse en clave y enviar y recibir correspondencia en valijas que gozan de la misma protección que las embajadas, es decir, que no se pueden abrir. El BPI está exento de los impuestos suizos. Sus empleados no tienen que pagar impuestos sobre su salario, que suele ser generoso, pensado para competir con el sector privado. En 2011, el salario del director general era de 763.930 francos suizos, mientras que los jefes de departamento recibían 587.640 francos suizos al año, sumados a generosas prestaciones. Los extraordinarios privilegios legales del banco se extienden también a su personal y directivos. Los directores séniores disfrutan de un estatus especial, parecido al de los diplomáticos, mientras desempeñan sus deberes en Suiza, lo cual significa que sus valijas no se pueden registrar (salvo que haya pruebas de un acto delictivo flagrante), y sus documentos son inviolables. Los gobernadores de bancos centrales que viajen a Basilea para las reuniones bimestrales gozan del mismo estatus mientras están en Suiza. Bajo la ley suiza, todos los funcionarios del banco tienen inmunidad, durante toda la vida, por todo lo que hagan durante el cumplimiento de sus deberes. El banco es un sitio popular para trabajar, y no sólo debido a los salarios. Alrededor de seiscientos empleados proceden de más de cincuenta países. El ambiente es multinacional y cosmopolita, aunque muy suizo, haciendo hincapié en la jerarquía del banco. Como a muchos de los que trabajan para Naciones Unidas o el FMI, a parte del personal del BPI, en particular los directivos de alto nivel, les mueve una idea de misión, de que están trabajando con un propósito más elevado, incluso celestial, y por ello son inmunes a consideraciones normales de rendimiento de cuentas y transparencia.

La dirección del banco ha tratado de prever cualquier eventualidad, para no tener que llamar nunca a la policía suiza. La sede del BPI tiene sistemas de rociadores con múltiples elementos de seguridad, instalaciones médicas internas y su propio refugio a prueba de bombas para el caso de que se produjera un ataque terrorista o una conflagración armada. Bajo las leyes suizas, los activos del BPI no están sometidos a reclamaciones civiles y no pueden ser confiscados en ningún caso.

El BPI guarda celosamente el secreto bancario. Las actas, el orden del día y la lista de asistentes a la Reunión de Economía Mundial y al Comité Económico Consultivo (ECC) no se hacen públicas de ninguna forma. Es así porque no se levantan actas oficiales, aunque los banqueros toman, a veces, sus propias notas. En ocasiones, posteriormente, hay una breve conferencia de prensa o declaración anodina, pero nunca nada detallado. Esta tradición de confidencialidad privilegiada se remonta a la fundación del banco.

«La discreción de Basilea y su carácter totalmente apolítico ofrecen una situación perfecta para esas reuniones igualmente discretas y no políticas», escribía un funcionario estadounidense en 1935. «La regularidad de las reuniones y la casi continuada asistencia de prácticamente todos los miembros del consejo hacen que raramente atraigan nada salvo el más exiguo interés de la prensa».<sup>8</sup> Cuarenta años después, poco había cambiado. Charles Coombs, antiguo director de divisas de la Reserva Federal de Nueva York, asistió a las reuniones de gobernadores desde 1960 a 1975. Los banqueros a los que se permitía entrar en el sanctasanctorum de las reuniones de los gobernadores confiaban unos en otros de forma absoluta, según recordaba Coombs en sus memorias: «Por grande que fuera la cantidad de dinero involucrada nunca se firmó ningún acuerdo, ni siquiera se inicializó ningún memorando de entendimiento. La palabra de cada uno era suficiente, y nunca se produjo ninguna decepción».<sup>9</sup>

¿Qué importancia tiene todo esto para el resto de nosotros? Los banqueros se vienen reuniendo en secreto desde que se inventó el dinero. A los banqueros centrales les gusta verse como los sumos sacerdotes de las finanzas, como tecnócratas que supervisan unos rituales monetarios misteriosos y una liturgia financiera que sólo comprende una élite pequeña que se elige a sí misma.

Pero los gobernadores que se reúnen en Basilea cada dos meses son funcionarios públicos. Sus salarios, billetes de avión, facturas de hotel y lucrativas pensiones cuando se retiren las pagan las arcas públicas. Las reservas nacionales de los bancos centrales son dinero público, la riqueza de las naciones. Las discusiones de los banqueros centrales en el BPI, la información que comparten, las medidas que evalúan, las opiniones que intercambian y las subsiguientes decisiones que toman, son profundamente políticas. Los banqueros centra-

les, cuya independencia está protegida constitucionalmente, controlan la política monetaria del mundo desarrollado. Administran la oferta de dinero a las economías nacionales. Fijan tipos de interés, decidiendo así el valor de nuestros ahorros e inversiones. Deciden si concentrarse en la austeridad o en el crecimiento. Sus decisiones determinan cómo será nuestra vida.

La tradición de secreto del BPI se remonta a décadas atrás. Durante la década de 1960, por ejemplo, el banco fue la sede del Fondo del Oro de Londres. Ocho países se comprometieron a manipular el mercado del oro para mantener su precio alrededor de treinta y cinco dólares la onza, en línea con las disposiciones del Acuerdo de Bretton Woods, que rigió el sistema financiero internacional después de la Segunda Guerra Mundial. Aunque el Fondo del Oro ya no existe, su sucesor es el Comité de Mercados del BPI, que se reúne cada dos meses con motivo de las juntas de gobernadores para hablar de las tendencias de los mercados financieros. Asisten cargos de veintiún bancos centrales. El comité publica documentos esporádicos, pero su agenda y sus conversaciones permanecen en secreto.

En la actualidad, los países representados en las Reuniones de Economía Global suman alrededor de las cuatro quintas partes del producto interior bruto (PIB) global —la mayoría de la riqueza producida en el mundo— según las estadísticas del propio BPI. Ahora, los banqueros centrales «parecen más poderosos que los políticos», escribió la revista *The Economist*, «y tienen el destino de la economía global en sus manos».<sup>10</sup> ¿Cómo ha llegado a pasar esto? El BPI, la institución financiera global más hermética, puede reclamar una gran parte del mérito. Desde el primer día de su existencia, el BPI se ha dedicado a favorecer los intereses de los bancos centrales y a construir la nueva arquitectura de las finanzas transnacionales. Al hacerlo, ha generado una nueva clase de tecnócratas globales estrechamente unidos, cuyos miembros se mueven entre puestos muy bien remunerados en el BPI, el FMI y los bancos centrales y comerciales.

El fundador del conciliábulo de los tecnócratas fue Per Jacobsson, economista sueco que estuvo al servicio del BPI como asesor económico desde 1931 hasta 1956. El anodino cargo no dejaba traslucir su poder y alcance. Con una enorme influencia, bien relacionado y muy bien considerado por sus iguales, Jacobsson redactó los

primeros informes anuales del BPI, que fueron —y siguen siendo— una lectura fundamental en todas las tesorerías del mundo. Jacobsson fue un temprano partidario del federalismo europeo. Se mostró implacable con la inflación, el excesivo gasto gubernamental y la intervención del Estado en la economía. Jacobsson dejó el BPI en 1956, para asumir el mando del FMI. Su legado sigue conformando nuestro mundo. Las consecuencias de su mezcla de liberalismo económico, obsesión por los precios y desmantelamiento de la soberanía nacional se evidencian cada noche en los boletines de noticias de las pantallas de televisión europeas.

Los defensores del BPI niegan que la organización sea hermética. Los archivos del banco están abiertos y los investigadores pueden consultar la mayoría de documentos que tienen más de treinta años de antigüedad. Los archiveros del BPI son realmente atentos, serviciales y profesionales. La web del banco incluye todos sus informes anuales, que se pueden descargar, así como numerosos documentos de política producidos por el departamento de investigación del banco, que tiene una gran reputación. El BPI publica informes detallados de los mercados de valores y derivados y estadísticas de la banca internacional. Pero se trata mayormente de compilaciones y análisis de una información que ya es del dominio público. Los detalles de las actividades centrales del propio banco, incluyendo muchas de las operaciones bancarias que realizan para sus clientes, los bancos centrales y las organizaciones internacionales, permanecen en secreto. Las Reuniones de Economía Mundial y los otros encuentros financieros cruciales que tienen lugar en Basilea, como el Comité de Mercados, siguen cerrados a personas ajenas. Las personas físicas no pueden tener una cuenta en el BPI, a menos que trabajen para el banco. La opacidad del banco, el que no tenga que rendir cuentas y su influencia cada vez mayor plantea profundas dudas; no sólo sobre la política monetaria, sino sobre la transparencia, la responsabilidad y la forma en que se ejerce el poder en nuestras democracias.

Cuando les decía a amigos y conocidos que estaba escribiendo un libro sobre el Banco de Pagos Internacionales, la reacción habitual era una cara de desconcierto, seguida de la pregunta: «¿El banco de qué?» Mis



interlocutores eran personas inteligentes que se mantienen al día de los acontecimientos de actualidad. Muchos estaban interesados y comprendían la economía global y la crisis económica. Sin embargo, sólo un puñado había oído hablar del BPI. Era algo extraño, porque el BPI es el banco más importante del mundo y anterior tanto al FMI como al Banco Mundial. Durante décadas ha sido el centro de la red mundial del dinero y el poder y de la influencia global encubierta.

El BPI fue fundado en 1930. Ostensiblemente, se creó como parte del Plan Young para ocuparse del pago de reparaciones por parte de Alemania por la Primera Guerra Mundial. Los artífices clave del banco fueron Montagu Norman, que era el gobernador del Banco de Inglaterra, y Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, que hablaba del BPI como «mi banco». Los miembros fundadores del BPI eran los bancos centrales de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica y un consorcio de bancos japoneses. También se ofrecieron acciones a la Reserva Federal, pero Estados Unidos, que desconfiaba de cualquier cosa que pudiera violar su soberanía nacional, rechazó su asignación. En su lugar, las suscribió un consorcio de bancos comerciales: J. P. Morgan, el First National Bank de Nueva York y el First National Bank de Chicago.

El auténtico propósito del BPI estaba detallado en sus estatutos: «Promover la cooperación de los bancos centrales y proporcionar mecanismos adicionales para las operaciones financieras internacionales». Era la culminación del antiguo sueño de los banqueros centrales de tener su propio banco: poderoso, independiente y libre de la interferencia de los políticos y los periodistas entrometidos. Lo mejor de todo era que el BPI se autofinanciaba y lo haría a perpetuidad. Sus clientes eran sus propios fundadores y accionistas: los bancos centrales. Durante los años treinta, el BPI fue el principal lugar de reunión para un conciliábulo de banqueros centrales, dominados por Norman y Schacht. Este grupo ayudó a reconstruir Alemania. *The New York Times* describía a Schacht, reconocido ampliamente como el genio que había detrás de la resurgente economía alemana, como «El piloto con voluntad de hierro de las finanzas nazis». <sup>11</sup> Durante la guerra, el BPI se convirtió en el brazo *de facto* del Reichsbank, aceptando el oro saqueado por los nazis y realizando operaciones de divisas con la Alemania nazi.

La alianza del banco con Berlín era conocida en Washington y Londres. Pero la necesidad de que el BPI siguiera funcionando para mantener abiertos los nuevos canales de las finanzas internacionales era casi lo único en lo que estaban de acuerdo todas las partes. Basilea era el lugar perfecto, ya que está situada en el extremo norte de Suiza y casi en las fronteras con Francia y Alemania. A unos kilómetros de distancia, los soldados nazis y aliados luchaban y morían. Nada de eso tenía importancia para el BPI. Se suspendieron las reuniones del consejo, pero las relaciones entre las planas mayores del BPI de las naciones beligerantes siguieron siendo cordiales, profesionales y productivas. Las nacionalidades eran irrelevantes. La lealtad primordial era para las finanzas internacionales. El presidente, Thomas McKittrick, era estadounidense. Roger Auboin, director general, era francés. Paul Hechler, director general adjunto, era miembro del partido nazi y firmaba su correspondencia con «Heil Hitler». Rafaele Piloti, el secretario general, era italiano. Per Jacobsson, el influyente asesor económico del banco, era sueco. Sus adjuntos y los de Piloti eran británicos.

Después de 1945, cinco directores del BPI, entre ellos Hjalmar Schacht, fueron acusados de crímenes de guerra. Alemania perdió la guerra, pero ganó la paz económica, en gran parte debido al BPI. El escenario, los contactos, las redes bancarias y la legitimidad internacionales que proporcionaba el BPI, primero al Reichsbank y luego a los bancos que lo han sucedido, han ayudado a garantizar la continuidad de unos intereses económicos y financieros inmensamente poderosos desde la época nazi hasta el día de hoy.

Durante los primeros cuarenta y siete años de su existencia, desde 1930 a 1977, el BPI tuvo su sede en lo que antes era un hotel, cerca de la estación central de ferrocarril de Basilea. La entrada del banco quedaba escondida junto a una chocolatería y sólo un pequeño letrero confirmaba que aquella estrecha puerta se abría al BPI. Los directores del banco estaban convencidos de que los que necesitaran saber dónde estaba el BPI lo encontrarían y, por supuesto, el resto del mundo no tenía ninguna necesidad de saberlo. Charles Coombs recordaba que el interior del edificio cambió poco a lo largo del tiempo.

El BPI ofrecía «las espartanas instalaciones de un antiguo hotel de estilo victoriano, cuyas habitaciones individuales y dobles habían sido transformadas en oficinas sencillamente quitando las camas y poniendo mesas».<sup>12</sup>

El banco se trasladó a su actual sede, en el número 2 de Centralbahnplatz, en 1977. No se fue lejos y ahora domina la estación central de Basilea. En la actualidad, la principal misión del BPI es, según sus propias palabras, triple: «Servir a los bancos centrales en su búsqueda de estabilidad monetaria y financiera, fomentar la cooperación internacional en estos campos y actuar como banco para los bancos centrales».<sup>13</sup> El BPI también aloja una gran parte de la infraestructura práctica y técnica que la red mundial de bancos centrales y sus homólogos comerciales necesitan para funcionar sin contratiempos. Tiene dos salas de operaciones conectadas: en la central de Basilea y en las oficinas regionales de Hong Kong. El BPI compra y vende oro y divisas para sus clientes. Proporciona gestión de activos y facilita créditos a corto plazo a los bancos centrales cuando lo necesitan.

El BPI es una institución única; es una organización internacional, un banco extremadamente rentable y un instituto de investigación, fundado y protegido por tratados internacionales.<sup>14</sup> El BPI es responsable ante sus clientes y accionistas —los bancos centrales— pero también guía sus operaciones. Las principales tareas de un banco central, dice el BPI, son controlar el flujo del crédito y el volumen de moneda que hay en circulación, lo cual garantizará un clima empresarial estable y mantendrá los tipos de cambio dentro de unos límites manejables para asegurar el valor de las monedas y así allanar el comercio internacional y los movimientos de capital. Esto es crucial, especialmente en una economía globalizada, donde los mercados reaccionan en microsegundos y la percepción de la estabilidad y el valor económicos son casi tan importantes como la propia realidad.

El BPI también ayuda a supervisar los bancos comerciales, aunque no tiene ninguna autoridad legal sobre ellos. El Comité de Basilea para la Supervisión Bancaria, con sede en el BPI, regula las necesidades de liquidez y capital de los bancos comerciales. Exige que éstos tengan un capital mínimo del ocho por ciento de los activos ponderados por el riesgo cuando prestan, lo cual significa que si un banco tiene activos ponderados por el riesgo de cien millones de

dólares, debe mantener un capital de, por lo menos, ocho millones de dólares.<sup>15</sup> El comité no tiene poderes coercitivos, pero sí una enorme autoridad moral. «Esta regulación es tan poderosa que el principio del ocho por ciento ha sido incluido en las leyes nacionales», dice Peter Akos Bod. «Es como el voltaje. Ha sido fijado en 220. Puedes optar por noventa y cinco voltios, pero no funcionará». En teoría, una administración y una cooperación mutua sensatas, supervisadas por el BPI, mantendrán el sistema financiero global funcionando sin contratiempos. En teoría.

La realidad es que hemos ido más allá de la recesión y entrado en una profunda crisis estructural, alimentada por la codicia y rapacidad de los bancos, que amenaza la totalidad de nuestra seguridad financiera. Igual que en los años treinta, partes de Europa se enfrentan al colapso económico. El Bundesbank y el Banco Central Europeo, dos de los miembros con más poder del BPI, han impulsado la obsesión por la austeridad que ya ha empujado a un país europeo, Grecia, al borde del abismo, con la ayuda de la venalidad y la corrupción de la clase dirigente del país. Puede que otros países no tarden en seguirla. El viejo orden chirría, y sus instituciones políticas y financieras se están corroyendo desde dentro. Desde Oslo a Atenas resurge la extrema derecha, alimentada en parte por una pobreza y un desempleo galopantes. La rabia y el escepticismo minan la fe de los ciudadanos en la democracia y el Estado de derecho. Una vez más, el valor de los bienes y activos se evapora ante los ojos de sus propietarios. La divisa europea amenaza con desplomarse, mientras los que tienen dinero buscan refugio en los francos suizos o el oro. Los jóvenes, los que tienen talento y movilidad, están abandonando, una vez más, sus países natales por una nueva vida en otros lugares. Las poderosas fuerzas del capital internacional que gestaron el BPI y que le garantizaban su poder e influencia triunfan de nuevo.

El BPI ocupa la cúspide de un sistema financiero internacional que se está derrumbando, pero sus cargos arguyen que el banco no tiene el poder para actuar como regulador financiero internacional. Sin embargo, no puede eludir su responsabilidad en la crisis de la zona euro. Desde los primeros acuerdos sobre los pagos multilaterales, a finales de los años cuarenta, hasta el establecimiento del Banco Central Europeo, en 1998, el BPI ha sido el centro del proyecto de inte-

gración europea, ofreciendo los conocimientos técnicos expertos y los mecanismos financieros necesarios para armonizar la moneda. Durante la década de 1950, gestionó la Unión Europea de Pagos, que internacionalizó el sistema de pagos del continente. El BPI albergó al Comité de Gobernadores de los bancos centrales de la Comunidad Económica Europea, creado en mayo de 1964, que coordinaba la política monetaria transeuropea. Durante la década de 1970, el BPI dirigió la llamada «serpiente», el mecanismo mediante el cual se mantenía a las divisas europeas en bandas de tipos de cambio. Durante los ochenta, el BPI fue la sede del Comité Delors, cuyo informe de 1988 trazó el camino a la Unión Monetaria Europea y la adopción de una única divisa. EL BPI ayudó al parto del Instituto Monetario Europeo (IME), precursor del Banco Central Europeo. El presidente del IME fue Alexandre Lamfalussy, uno de los economistas más influyentes del mundo, conocido como el «padre del euro». Antes de incorporarse al IME en 1994, Lamfalussy trabajó para el BPI durante diecisiete años, primero como asesor económico y luego como director general del banco.

Para ser una organización seria y hermética, el BPI ha demostrado una sorprendente agilidad. Sobrevivió a la primera depresión mundial, al final de los pagos por reparaciones de guerra y al patrón oro (dos de las principales razones de su existencia), al auge del nazismo, la Segunda Guerra Mundial, el Acuerdo de Bretton Woods, la Guerra Fría, las crisis financieras de los años ochenta y noventa, el nacimiento del FMI y el Banco Mundial y el final del comunismo. Como observó Malcolm Knight, directivo entre 2003-2008: «Es alentador ver que —permaneciendo pequeño, flexible y libre de interferencias políticas— el banco ha conseguido, a lo largo de su historia, hacerlo notablemente bien para adaptarse a unas circunstancias en evolución».<sup>16</sup>

El banco se había constituido como pilar fundamental del sistema financiero global. Además de las Reuniones de Economía Mundial, el BPI es la sede de cuatro de los comités internacionales más importantes que se ocupan de la banca global: el Comité de Basilea para la Supervisión Bancaria, el Comité para el Sistema Financiero Global, el Comité de Sistemas de Pago y Liquidación y el Comité Irving Fisher que se ocupa de las estadísticas de los bancos centrales. El banco también alberga a tres organizaciones independientes: dos

grupos dedicados a los seguros y la Junta de Estabilidad Financiera (FSB, siglas en inglés). Ya se habla de la FSB, que coordina las autoridades financieras nacionales y las políticas reguladoras, como el cuarto pilar del sistema financiero mundial, después del BPI, el FMI y los bancos comerciales.

El BPI ocupa hoy el trigésimo lugar entre los tenedores de reservas de oro, con 119 toneladas métricas —más que Qatar, Brasil o Canadá.<sup>17</sup> Ser miembro del BPI sigue siendo un privilegio más que un derecho. El consejo de administración es responsable de admitir a bancos centrales de los que se juzga que «realizan una contribución sustancial a la cooperación monetaria internacional y a las actividades del banco». China, Rusia y Arabia Saudí no se incorporaron hasta 1996. El banco ha abierto oficinas en Ciudad de México y Hong Kong, pero sigue siendo muy eurocéntrico. Estonia, Letonia, Lituania, Macedonia, Eslovenia y Eslovaquia (con un total de 16,2 millones de habitantes) han sido admitidas, mientras que Pakistán (con 169 millones de habitantes) no lo ha sido. Tampoco lo ha sido Kazajistán, una auténtica potencia de Asia Central. En África, sólo Argelia y Sudáfrica son miembros; Nigeria, que tiene la segunda mayor economía del continente no ha sido admitida. (Los defensores del BPI dicen que el banco exige unos estándares de gobernanza altos a los nuevos miembros y que, cuando los bancos nacionales de países como Nigeria y Pakistán alcancen esos estándares, se considerará su ingreso).

Teniendo en cuenta el papel capital del BPI en la economía transnacional, su discreción es extraordinaria. En 1930, un periodista de *The New York Times* comentó que el secretismo era tan fuerte en el BPI que no le permitieron mirar dentro de la sala de juntas, ni siquiera después de que los directores se hubieran marchado. Poco ha cambiado. No se permite que los periodistas entren en las oficinas centrales mientras se desarrolla la Reunión de Economía Mundial. Son pocas las veces que los cargos del BPI hablan oficialmente con los representantes de la prensa, y lo hacen de mala gana. La estrategia parece dar resultado. El movimiento de protesta «Ocupemos Wall Street», los antiglobalización, los manifestantes de las redes sociales han ignorado al BPI. El número 2 de Centralbahnplatz, en Basilea, está tranquilo y en calma. No hay manifestantes reunidos frente a las

oficinas del BPI, ni acampados en el parque cercano, ningún animado comité recibe a los representantes de los bancos centrales del mundo.

Cuando la economía mundial va dando bandazos de crisis en crisis, se examina más atentamente que nunca a las instituciones financieras. Legiones de reporteros, blogueros y periodistas de investigación registran cada movimiento de los bancos. A pesar de ello, de alguna manera, aparte de breves menciones en las páginas de economía, el BPI se las ha arreglado en gran medida para evitar un examen crítico. Hasta ahora.





PARTE I

KAPITAL ÜBER ALLES



# I

## Los banqueros lo saben mejor que nadie

«Espero que el verano que viene podamos inaugurar un “Club” de Bancos Centrales, privado y ecléctico, pequeño al principio, grande en el futuro.»

De MONTAGU NORMAN, gobernador del Banco de Inglaterra,  
a BENJAMIN STRONG, gobernador del Banco  
de la Reserva Federal de Nueva York, en 1925<sup>1</sup>

Un día del verano de 1929, Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, descolgó el teléfono y habló con Walter Layton, director de *The Economist*. Impaciente, Norman le pidió a Layton que fuera a su despacho lo antes posible para hablar de un asunto muy importante.

Durante su etapa como gobernador, desde 1920 a 1944, Norman fue uno de los hombres más influyentes del mundo, un bastión en apariencia permanente del sistema financiero mundial. Sus escuetas declaraciones eran examinadas con lupa en busca de sentido. Cuando lo volvieron a nombrar gobernador en 1932, *The New York Times* lo describió diciendo que supervisaba el «imperio de riqueza invisible» de Gran Bretaña. «El patrón oro puede ir y venir», observaba el artículo, «pero Montagu Norman permanece».<sup>2</sup> Era tal el poder de Norman que un único discurso suyo podía mover mercados. Cuando, en octubre de 1932, Norman proclamó, pesimista, en una cena de banqueros en Londres, que el desorden económico mundial estaba fuera del control de cualquier hombre, gobierno o país, las acciones y obligaciones y el dólar cayeron brusca y rápidamente en Nueva York.

A Layton no le sorprendió la agitación de Norman. El gobernador era un vástago de una vieja y respetada dinastía bancaria, pero su estado mental era un secreto a voces entre los financieros de la casa. Norman era un personaje voluble, maniaco depresivo y adicto al trabajo, famoso entre la gente de la casa por sus cambios de humor. Tímido e hipersensible, era introvertido hasta llegar a la neurosis. Antes de la Primera Guerra Mundial, había consultado con Carl Jung, suizo y fundador de la psicología analítica, para hablar de un tratamiento, sin ningún éxito. Jung había insinuado que Norman era intratable, lo cual no le fue de mucha ayuda.

El banquero más poderoso del mundo aborrecía la publicidad, que lo reconocieran o relacionarse socialmente y era propenso a sufrir desmayos. En una ocasión, le tiró un tintero a la cabeza a un empleado que no cumplió con sus rigurosos estándares. «Era un banquero muy insólito. Era más parecido a un noble o un pintor del siglo XVII», recordaba su hijastro, Peregrine Worsthorne. «Siempre fue muy neurótico y tenía crisis nerviosas graves. Era muy tímido y solitario. No le importaban las convenciones. Bajaba a cenar sin calcetines e iba a trabajar en metro, algo muy inusual en aquellos días».<sup>3</sup>

Tampoco tenía aspecto de ser un sobrio financiero, con su capa, su bien recortada barba como en un retrato de Van Dyke y su brillante aguja de corbata con piedras preciosas. Pero pese a su llamativa forma de vestir, desaprobaba las conductas extravagantes, decía Worsthorne. «Vivía muy austeramente y desalentaba todo signo de ostentación. Detestaba asistir a cócteles». El horror que sentía por la publicidad tenía precisamente el efecto contrario. Aunque cuando cruzaba el Atlántico, usaba un nombre ficticio, porque la prensa estaba pendiente de todo lo que hacía, hordas de periodistas y fotógrafos seguían esperándolo cuando desembarcaba en Nueva York.

Los meses cálidos de 1929 fueron el canto del cisne de los locos años veinte. El mercado alcista seguía creciendo en Estados Unidos. Los precios de las acciones iban en aumento. El valor de las acciones de Radio Corporation of America (RCA) subió casi un 50 por ciento sólo en un mes. Hasta los limpiabotas de Wall Street les pasaban consejos a sus clientes corredores de Bolsa. En agosto, una firma de corretaje anunció un nuevo servicio para los que iban a Europa en

trasatlántico: realizar operaciones bursátiles a bordo durante la travesía de una semana de duración.

Layton, respondiendo a la llamada de Norman, se apresuró a acudir a la central del banco en Threadneedle Street, epicentro de la City, como se conoce el barrio financiero de Londres. Rodeada de un alto muro y ocupando la mayor parte de una manzana, la sede del banco estaba pensada para impresionar, incluso intimidar. Detrás de la gigantesca puerta de bronce se extendía un complejo de patios, zonas bancarias y un jardín con una fuente, una auténtica Alhambra de dinero, atestada de empleados y subordinados que iban y venían, afanosos, por los pasillos. Incluso la terminología era regia: el banco estaba gobernado no por un consejo, sino por una «corte».

Layton fue acompañado al despacho de Norman, donde éste estaba sentado ante una mesa de caoba, en el centro de una sala con paredes recubiertas de madera. Norman quería hablar de un nuevo banco, que se llamaría Bank for International Settlements (Banco de Pagos Internacionales). Lo estaban preparando en combinación con el Plan Young, el programa más reciente y, esperaban, definitivo para implementar el pago de las indemnizaciones que Alemania debía pagar por la Primera Guerra Mundial. Pero Norman tenía ideas mucho más ambiciosas. El BPI sería la primera institución financiera mundial. Sería un lugar de reunión para los representantes de los bancos centrales. Lejos de las exigencias de los políticos y las miradas curiosas de los periodistas entrometidos, los banqueros aportarían un orden y una coordinación muy necesarios al sistema financiero mundial. Pero para que el BPI tuviera éxito y desarrollara adecuadamente su potencial, Norman explicó que necesitaba la ayuda de Layton. Pronto se reuniría un subcomité en Baden-Baden, en Alemania, para redactar los estatutos del banco. El director de *The Economist*, dijo Norman, era justamente el hombre adecuado para elaborar la constitución del BPI, una constitución que, sobre todo, debía garantizar la independencia del banco respecto a los políticos.

Para comprender cómo y por qué el BPI ejerce tanta influencia hoy, es necesario remontarse a principios de la década de 1920 y a las discusiones sobre las indemnizaciones que Alemania tenía que pagar

por la Primera Guerra Mundial. La culpabilidad de Alemania estaba consagrada en el Tratado de Versalles de 1919. Pero ninguna cantidad de dinero podía devolver la vida a los muertos, cuyo número era casi inconcebible. En julio de 1916, el primer día de la batalla del Somme, Gran Bretaña perdió 60.000 hombres, el equivalente a una ciudad de tamaño medio, acribillados en pocas horas. Francia perdió un total de 1,4 millones de soldados durante los cuatro años de la guerra, y Alemania, dos millones. Estados Unidos, que no entró en el conflicto hasta 1917, perdió 117.000 hombres.

Llegar a un acuerdo sobre las indemnizaciones alemanas era una tarea lenta, complicada y con enormes tensiones políticas. La Primera Guerra Mundial había internacionalizado el conflicto en un grado sin precedentes. Sus secuelas económicas se globalizaron de forma parecida. La guerra había cobrado un precio terrible a las economías europeas, además de a su población. El joven sistema financiero internacional no estaba diseñado para resolver las complejas demandas que se le hacían. ¿Dónde encontraría Alemania el dinero para pagar? ¿Cuáles serían los mecanismos por medio de los cuales lo haría? ¿Quién supervisaría y regularía el pago de las indemnizaciones? Estas crípticas discusiones moldearon el papel, la estructura y el privilegiado estatus legal del BPI.

En 1919 había, en términos generales —igual que las habría en 1945—, dos escuelas de pensamiento: los castigadores y los reconstructores. Francia encabezaba los primeros. «*Les Boches*», decían los franceses, deben pagar y pagarán por sus crímenes, muchos de los cuales fueron cometidos en suelo francés. Norman y los reconstructores, que incluían la mayor parte de Wall Street, opinaban lo contrario. Se podía reconstruir Europa, pero su futuro estaba en el comercio y la cooperación financiera. El objetivo no era reducir Alemania a la penuria, sino ayudarla a reparar su economía y empezar a comerciar de nuevo lo antes posible.

En abril de 1921, la Comisión de Reparaciones anunció que Alemania pagaría un total de 132.000 millones de marcos oro (31.500 millones de dólares), en cuotas de 2.000 millones de marcos al año. La comisión igual podría haber pedido diez veces más. Alemania todavía se tambaleaba después de su derrota, la sociedad se hundía, el desempleo se disparaba y había una grave escasez de co-

mida. Los extremistas de extrema derecha —el Freikorps— luchaban contra los militantes marxistas en las calles. Los comités de trabajadores se hicieron con el control de Hamburgo, Bremen, Leipzig y el Berlín central. Éste no era el marxismo de salón de Greenwich Village o San Francisco, sino el auténtico; crudo y sangriento. Se tomaban rehenes, se ocupaban fábricas y se alineaba a los prisioneros contra una pared y se les fusilaba.

Las predicciones de Karl Marx sobre la inevitable destrucción del capitalismo parecían volverse más reales a cada hora que pasaba, especialmente en su patria. Los temores de los banqueros de que Alemania estuviera a punto de seguir a Rusia en el comunismo parecían enteramente justificados. La hiperinflación se desencadenó cuando el gobierno imprimió dinero para mantener el país en marcha. Los compradores usaban carretillas para trasladar los fajos de billetes necesarios para comprar productos básicos. Era preciso detener el caos. El 13 de noviembre de 1923, cinco días después de que Adolf Hitler fracasara en su intento de golpe de Estado (el *Putsch* de la Cervecería), en Munich, un alto e imperioso alemán empezó a trabajar como comisario de asuntos monetarios del Reich. Hjalmar Schacht exigió y consiguió poderes casi dictatoriales. Trabajando en un antiguo cuartito del portero, puso manos a la obra para estabilizar el valor de la nueva moneda de Alemania, el rentenmark. Por lo general, las monedas estaban respaldadas por el oro, pero el rentenmark lo estaba por el valor de la tierra y las explotaciones de Alemania, ya que no había oro disponible para cumplir esta función. Era una idea un tanto confusa: ¿por qué podía el poseedor de un rentenmark canjear su dinero? ¿Le darían un trocito de un campo?

Estas preocupaciones no tenían importancia. Mientras Schacht estuviera en el cargo, nadie querría canjear un rentenmark. Schacht entendía de forma brillante el aspecto clave de la psicología del dinero, que es tan válido hoy como lo fue en la hiperinflación de los años veinte: *la apariencia de estabilidad financiera crea valor monetario*. Si la gente creía que había alguien al mando, que el caos acabaría y que el rentenmark tenía valor, entonces lo valorarían. Los primeros billetes se imprimieron el 15 de noviembre de 1923. Se podía cambiar un rentenmark por un billón de los antiguos marcos (1.000.000.000.000). Un dólar valía 4,2 rentenmarks, una vuelta al tipo de cambio anterior

a la Primera Guerra Mundial. El objetivo, dijo Schacht, era «conseguir que el dinero alemán fuera escaso y valioso». Fuera de la logística de imprimir y distribuir los billetes de banco y convencer a los colegas extranjeros de Schacht de que el orden había vuelto a la economía alemana, no implicaba mucho más.

Cuando unos periodistas alemanes le preguntaron a Clara Steffek, la secretaria de Schacht, qué hacía éste a lo largo del día, respondió:

¿Que qué hacía? Permanecía sentado en su oscura habitación, que olía a viejos trapos de limpieza, y fumaba. ¿Leía cartas? No. Tampoco dictaba cartas. Pero telefoneaba mucho a todo el mundo, para hablar de divisas nacionales y extranjeras. Luego fumaba otra vez. No comía mucho. Solía marcharse tarde y cogía el transporte público para volver a casa. Eso era todo.<sup>4</sup>

No exactamente «todo». Los impuestos subieron y cuatrocientos mil funcionarios públicos fueron despedidos. Pero el rentenmark detuvo la inflación alemana con tanto éxito que el 22 de diciembre de 1923 Schacht fue ascendido al cargo de presidente del Reichsbank, aunque conservando su puesto como comisario de asuntos monetarios. Ahora podía asistir a las reuniones del gabinete. «En pocas semanas», observa John Weitz, biógrafo de Schacht, «prácticamente se había convertido en el dictador económico de Alemania».<sup>5</sup>

Sin ninguna duda, Schacht tenía el aspecto de un estricto banquero prusiano: se peinaba con raya exactamente en medio y el bigote llameaba brevemente bajo la nariz antes de detenerse en una boca enérgica. Los ojos miraban fijamente, suspicaces, a través de unos impertinentes. Caminaba de un modo rígido, casi militar, y llevaba camisas con cuellos altos de celuloide. De hecho, no era prusiano en absoluto, sino que había nacido en Schleswig del Norte, en una zona cuya posesión había ido y venido varias veces entre Alemania y Dinamarca. Con independencia de quién gobernara la provincia, sus habitantes eran personas tercas y resistentes. Se adaptaban fácilmente a sus señores alternativos, pero conservaban su tenacidad e independencia, unas cualidades que le serían útiles de Schacht. Su abuelo, Wilhelm, era un médico rural que crió a doce hijos y cobraba a cada



paciente, rico o pobre, sesenta pfennigs. El padre de Schacht, también llamado Wilhelm, era un maestro que emigró a Estados Unidos. Trabajó en una fábrica de cerveza en Brooklyn y obtuvo la ciudadanía. La madre de Hjalmar era una impetuosa aristócrata, la baronesa Constanze von Eggers.

Los Schacht se instalaron en Nueva York, pero no prosperaron y Wilhelm llevó a su familia de vuelta a Europa. En 1876 se trasladaron a Tinglev, que hoy pertenece a Dinamarca; al año siguiente nació su segundo hijo. Al principio, querían llamarlo Horace Greeley, en homenaje a un influyente periodista y político que luchó contra la trata de esclavos. La baronesa estaba orgullosa de sus opiniones radicales: su padre había luchado para abolir la servidumbre en Dinamarca. La abuela del recién nacido dijo que el niño debía tener, por lo menos, un nombre propio debidamente danés, así que la familia llegó a un compromiso con Hjalmar Horace Greeley Schacht.

La familia se trasladaba constantemente. Vivieron un tiempo en Hamburgo y luego se mudaron a Berlín. Hjalmar demostró ser un estudiante aplicado. Se matriculó en la Universidad de Kiel y estudió economía política. Trabajó como periodista, probó en las relaciones públicas y luego se incorporó al Dresdner Bank. Su diligencia, atención al detalle y su actitud austera ayudaron a que pronto se apercibieran de él. Schacht viajó a Estados Unidos con otros cargos del banco. Se reunieron con el presidente Theodore Roosevelt y fueron invitados a almorzar en el comedor de los socios en J. P. Morgan. La comprensión que Schacht tenía del mundo fuera de Alemania y su soltura en inglés demostraron ser inestimables. Lo promocionaron al cargo de director adjunto del Dresdner Bank y se incorporó al consejo del Reichsbank.

Así pues, en 1923, con el rentenmark establecido, el siguiente paso era construir una reserva de oro para darle a la nueva moneda un auténtico respaldo. Esta es la razón de que, la tarde del 31 de diciembre, el presidente del Reichsbank bajara del tren en la estación de Liverpool Street, en el centro de Londres. Con gran sorpresa y alegría de Schacht, en el andén lo esperaba el propio Montagu Norman. «De verdad espero que lleguemos a ser amigos», dijo Norman, con una tímida sonrisa. Schacht le contó que deseaba que el Banco de Inglaterra prestara 25 millones de dólares a una nueva filial del

Reichsbank, el Gold Discount Bank. El nuevo banco alteraría al instante la percepción mundial de las perspectivas financieras del país. El visto bueno del gobernador del Banco de Inglaterra le abriría las puertas de Wall Street y la City de Londres.

Tenaz como siempre, Schacht consiguió su dinero.

Schacht había engatusado a Norman, pero la cuestión de las reparaciones seguía sin resolverse. Estados Unidos estaba cansado de reñir a los europeos, que no podían poner orden en su casa, y también reconocía que no podría haber una prosperidad duradera mientras Europa fuera dando bandazos de una crisis financiera a otra. Se formó un nuevo comité de reparaciones bajo la presidencia de Charles Dawes, un irascible banquero estadounidense. El Comité Dawes se reunió en París en enero de 1924. Owen D. Young, presidente de la empresa y del consejo de administración de la General Electric Company y de la RCA, acompañaba a Dawes. Young era un diplomático consumado y tenía que serlo. Su tarea era convencer a Francia para que suavizara los términos del programa de reparaciones, que estaba destruyendo la economía alemana e impidiendo, así, la recuperación europea, y luego convencer a Alemania de que aceptara un control externo mucho más riguroso de sus finanzas.

El Comité Dawes publicó sus recomendaciones el 9 de abril. Los pagos de Alemania se reducirían durante un tiempo y se aumentarían después, cuando la economía se hubiera estabilizado. Esa estabilización se basaría en parte en un préstamo de 800 millones de marcos oro, que se colocarían en el mercado internacional. El gobierno alemán conservaría los fondos en marcos, que se ingresarían en una cuenta de garantía bloqueada en el Reichsbank. Esta cuenta estaría controlada por un funcionario extranjero denominado agente-general, que decidiría cómo se usaría el dinero y cuándo se liberaría, para evitar inundar los mercados y afectar el valor del Reichsmark. Se puso al Reichsbank bajo el control de un consejo de catorce hombres, formado por siete extranjeros y siete alemanes.

Las empresas de Estados Unidos se apresuraron a invertir en Alemania. La Gran Guerra había disparado un *boom* económico en Estados Unidos. A diferencia de Europa, el continente americano no ha-

bía sufrido daños causados por la guerra. Sus fábricas y explotaciones agrícolas, sus minas y sus plantas industriales estaban intactas y funcionando a plena capacidad. En octubre se lanzó el empréstito del Plan Dawes en Nueva York y Londres y la demanda superó con creces y muy rápidamente a la oferta. Los bancos de Estados Unidos no tardaron en pelearse por financiar a las empresas que ahora invertían en la economía alemana.

Entre 1924 y 1928, Alemania tomó prestados 600 millones de dólares al año, la mitad de los cuales procedían de los bancos de Estados Unidos. Una gran parte volvió rápidamente al lugar de donde habían venido. Como los rescates modernos, el dinero iba y venía, subiendo y bajando balances, estimulando la confianza y manteniendo contentos a los mercados. Como escribió John Maynard Keynes: «Estados Unidos presta dinero a Alemania, Alemania transfiere su equivalente a los Aliados, los Aliados se lo devuelven al gobierno de Estados Unidos. No pasa nada real; nadie es un penique más pobre. Los troqueles de los grabadores y los moldes de los impresores están más activos. Pero nadie come menos, nadie trabaja más».<sup>6</sup> Algunos, como Schacht, creían que nadie era un penique más rico, y tenía razón. Las enormes sumas eran meramente una cinta adhesiva financiera. Y, en octubre de 1929, cuando Wall Street se derrumbó, los inversores estadounidenses, en masa, se apresuraron a recuperar sus inversiones alemanas.

Una vez más, Alemania se enfrentaba al desastre económico. Pero si la Alemania de Weimar dejaba de pagar, la economía mundial podía irse a pique. Estaba claro que había que solucionar la cuestión de las reparaciones. Incluso Seymour Parker Gilbert, el agente general responsable de poner en práctica el Plan Dawes, defendió que era preciso que el país tomara el control de su destino financiero. Gilbert no era popular. En 1928, los nacionalistas alemanes organizaron su coronación paródica. Diez mil personas contemplaron su efigie coronada con la frase: «El nuevo káiser alemán que gobierna con un sombrero de copa por corona y un cortador de cupones como cetro».<sup>7</sup>

La respuesta a la interminable cuestión de las reparaciones alemanas fue, claro, otra conferencia. Ésta recibió el nombre de su presidente, Owen Young. Las delegaciones llegaron a París en febrero de 1929, en el invierno más frío en casi un siglo. La brecha entre

Francia y Alemania respecto a la cuantía de las indemnizaciones de Alemania era más grande y tenebrosa que nunca. Schacht hizo su oferta inicial: 250 millones de dólares al año durante los treinta y siete años siguientes. Émile Moreau, el igualmente terco gobernador del Banco de Francia, exigió 600 millones de dólares al año, durante sesenta y dos años. Según informó a Young, quizá ni siquiera eso fuera suficiente. Podría ser que Francia no se conformara con menos de mil millones.

Moreau se negó a ceder ni un ápice, y lo mismo hizo Schacht. Cualquier optimismo inicial pronto se enfrió. Los alemanes estaban nerviosos porque la policía secreta francesa les pinchaba el teléfono. Schacht y sus colegas se comunicaban con Berlín mediante telegramas en clave. Él volvía cada quince días para consultar con el gobierno. Lord Revelstoke, segundo al mando de la delegación británica, escribió en su diario que Schacht había recuperado «su actitud más negativa» y «no estaba nada dispuesto a ayudar». Con su «hacha de guerra, su cara teutona, su cuello musculoso y el cuello de la camisa que no le ajustaba bien», se parecía «a un león marino del zoo». <sup>8</sup>

Con independencia de la suma que se acordara finalmente, por lo menos había un cierto consenso en que sería necesario un nuevo banco para gestionar las indemnizaciones alemanas. Schacht y Norman defendían que ese nuevo banco mantendría aquella cuestión fuera de la política y la gestionaría con una base puramente financiera. Era algo poco probable, ya que no había cuestiones con una carga política mayor que las reparaciones, pero mostraba que los dos gobernadores veían los beneficios de un banco libre de constreñimientos políticos. Años más tarde, Schacht tituló su autobiografía *Confesiones del viejo brujo*. No hay ninguna duda de que hechizó a Owen Young. Alemania pagaba sus reparaciones tomando dinero prestado de otros países, le explicó Schacht al presidente de la conferencia. Un sistema así ya no era viable. Si los Aliados querían realmente que Alemania pudiera cumplir con sus obligaciones, el país tenía que volver a ser productivo. En lugar de prestarle dinero a Alemania, los Aliados se lo deberían prestar a los países subdesarrollados para que éstos pudieran comprar su equipo industrial a Alemania.

Young preguntó cómo se podía poner en práctica un plan así. Schacht tenía una respuesta preparada: creando un banco. «Un ban-

co de esta clase», razonó Schacht, «exigirá una cooperación financiera entre vencedores y vencidos, que llevará a una comunidad de intereses, la cual, a su vez, generará confianza y comprensión mutuas y, así, promoverá y garantizará la paz». Schacht recoge la escena en sus memorias:

Owen Young, sentado en su sillón, daba caladas a la pipa, con las piernas estiradas, los enormes ojos verdes fijos, sin parpadear, en mí. Como es mi costumbre cuando presento ese tipo de argumentos, yo recorría arriba y abajo, firme y tranquilo, el «puente de mando». Cuando acabé, hubo una breve pausa. Luego se le iluminó la cara y su resolución se expresó con las siguientes palabras: «Dr. Schacht, me ha dado una idea maravillosa y voy a vendérsela al mundo».<sup>9</sup>

Los Aliados presentaron su propuesta: Alemania pagaría 525 millones de dólares al año durante treinta y siete años y 400 millones al año durante los siguientes veintiún años.

Schacht la rechazó de plano. Proclamó que para cumplir esas condiciones, Alemania debía tomar posesión de nuevo de todas sus antiguas colonias, la mayoría de las cuales estaban en África. También exigió la devolución del corredor de Danzig, que unía Polonia con el mar Báltico, lo cual rompería en pedazos el tratado de paz de la posguerra. Cuando Moreau oyó esto, dio un puñetazo en la mesa y tiró un tintero al otro lado de la habitación. Una caricatura de un periódico francés resumía el estado de ánimo nacional. Mostraba a Moreau preguntándole a Schacht: «De acuerdo, Excelencia, ¿cuánto le debemos?»

El 19 de abril de 1929, lord Revelstoke murió de repente. La Conferencia Young fue suspendida. Todas las partes llegaron, finalmente, a un acuerdo el 7 de junio. Alemania pagaría casi veintinueve mil millones de dólares en cincuenta y ocho años. Se le devolvía a Berlín el control de la política económica alemana. Un nuevo banco administraría los pagos. Schacht escribió sobre su nacimiento: «Entretanto, mi idea de un Banco de Pagos Internacionales había encontrado una respuesta tan entusiasta de todos los que tomaban parte en la Conferencia Young que, al poco tiempo, no había ninguno entre

ellos al que no le habría gustado reclamar la idea como propia». <sup>10</sup> Mientras los delegados firmaban la versión final, las cortinas de la sala de reuniones se incendiaron.

El Plan Young fue aceptado en principio en la Primera Conferencia de La Haya, y se crearon siete comités para decidir los detalles técnicos. A propuesta de Schacht, el séptimo, el Comité de Organización, se reunió en Baden-Baden. Era el comité más importante y era responsable de redactar los estatutos del nuevo banco y sus relaciones con el país anfitrión, que regularía su estatus legal. Los delegados discutieron sobre gobernanza, el cometido de los directores y administradores, incluso el idioma oficial de los estatutos del nuevo banco. Finalmente, se acordó que los textos francés e inglés serían auténticos. El banco guardaría el oro y los depósitos de divisas convertibles de los bancos centrales. Estos depósitos se podrían usar para hacer pagos internacionales sin tener que mover físicamente el oro entre bancos ni negociar la moneda a través del mercado de divisas. El BPI sería una cámara de compensación internacional para los bancos centrales, la primera del mundo. Una vez establecidas las líneas generales, la siguiente cuestión era dónde se debía establecer el banco. Montagu Norman y el gobierno británico presionaban a favor de Londres. Francia objetaba, por principio, y defendía que el nuevo banco se instalara en un país pequeño. Se habló de Ámsterdam y, finalmente, los delegados se decidieron por Basilea (Suiza), que estaba situada convenientemente en la intersección de varias líneas internacionales de ferrocarril y en las fronteras de Francia y Alemania.

Mientras tanto, en Londres, Walter Layton, director de *The Economist*, seguía batallando con la constitución del nuevo banco. El punto clave, recordaba Layton, era «conseguir algún tipo de redactado que situara al banco fuera del alcance de los gobiernos». Layton se «esforzó sin resultado» y tuvo que decirle a Norman que había fracasado.

—¿Por qué insiste en que no se puede hacer? —preguntó Norman, irritado.

—Porque todo gobierno democrático tiene derecho a reservarse su libertad de acción —respondió Layton, un argumento que resonaría a lo largo de décadas.<sup>11</sup> Layton reconoció su fracaso. Al final,

la constitución fue redactada por uno de los muchos comités creados para fundar el BPI. Pero Norman triunfó: los estatutos del banco, todavía vigentes hoy, consagraron su absoluta independencia de la interferencia de políticos y gobiernos. En cuanto a Schacht, escarmentado y descontento por las exigencias de las indemnizaciones del Plan Young, viajó al balneario de Marienbad, en Checoslovaquia, para pasar un tiempo con su esposa, Luise. Estrecha de miras, rígida e intensamente prusiana (como él la describiría más tarde), Luise lo esperaba en la estación del tren. Le gritó: «No deberías haber firmado, nunca».

Pero Schacht y Montagu Norman tenían su banco.